

ELEANOR BOURG NICHOLSON

# UN HÁBITO SANGRIENTO



Londres, primeros meses del siglo XX. Cuando John Kemp, un joven y escéptico abogado, conoce en un tren a un fraile dominico de aspecto apacible, no puede imaginar que bajo el hábito blanco y negro se esconde un implacable cazador de vampiros. Pronto necesitará de su ayuda: una serie de sanguinarios asesinatos sacude el Londres victoriano y obliga a la improbable pareja a combatir juntos la amenaza de los no muertos. Aderezada con una dosis generosa de reflexión teológica y de humor, esta novela de terror se aproxima al abismo del mal sin mojigaterías y con una visión netamente católica. La trama, en un curioso juego literario, dialoga con el Drácula de Bram Stoker y, siempre desde la admiración, se atreve a corregir algunos de sus planteamientos.

# **UN HÁBITO SANGRIENTO**

Eleanor Bourg Nicholson

*Al padre Thomas Joseph White, O.P., quien me  
animó a echar la siesta... y la llenó de  
pesadillas.  
A Julia, amante de los vampiros.  
A Anne, que no es una vampira.  
Y con eternas disculpas a Bram Stoker y a la  
Orden de Predicadores, por haberme tomado  
tantas libertades.*

## PRESENTACIÓN

Los chistes de dominicos y jesuitas constituyen un popular subgénero del humor clerical. Uno de los más famosos comienza preguntándose por las semejanzas entre ambas órdenes. «Bueno, –responde el interlocutor–, las dos fueron fundadas para luchar contra la herejía»: los dominicos, contra los albigenses; los jesuitas, contra los protestantes. «¿Y en qué se diferencian?». «¿Has visto a algún albigense últimamente?».

Si la ficción de Eleanor Bourg Nicholson fuera historia real, y si de verdad un pontífice hubiera encargado a la Orden de Predicadores la misión de exterminar vampiros, la eficacia de los hijos de Santo Domingo quedaría en tela de juicio: estoy convencido de que el lector sí se ha encontrado con unos cuantos a lo largo de su vida. De Polidori a Nosferatu, de los Vourdalak a Carmilla, de los tratados del XVII a los más modernos *best sellers*, el no muerto es un invitado frecuente en la ficción de los últimos dos siglos y en nuestras pesadillas colectivas.

Pero fue Bram Stoker quien canonizó definitivamente el género y convirtió al conde Drácula en uno de los personajes literarios más carismáticos de todos los tiempos. Quienes leímos su novela en la adolescencia recordamos con nostalgia el miedo que pasamos en compañía de Jonathan Harker. Incluso un tipo tan habituado a la sangre como Fidel Castro recordaba con horror su primer encuentro con el conde. *Un hábito sangriento* es un ejercicio de devoción hacia la obra de Stoker por parte de una es-

tudiosa que conoce bien la novela y su contexto, así como la tradición vampírica anterior, que tiene en Dom Calvet y su *Tratado sobre los vampiros* una de sus cimas más señeras. Stoker no se limita a inspirar la historia, sino que se cuela en sus páginas como un personaje más, acompañado de Henry Irving, presunto inspirador de Drácula.

El aprecio de la autora por el autor irlandés, con todo, tiene sus matices: el libro está lleno de guiños, pero también de discusiones y ajustes teológicos. Las reflexiones sobre el concepto del libre albedrío o sobre la naturaleza antieucaústica del vampiro están llenas de sentido. Eleanor Bourg Nicholson hace con el género de terror lo que Natalia Sanmartín Fenollera hizo con el romántico en *El despertar de la señorita Prim*: llenarlo de buenas ideas, pero sin un ápice del tono didáctico y propagandístico que arruina tantas novelas actuales.

Porque *Un hábito sangriento* es, ante todo, una gran novela de terror, que puede ser disfrutada por lectores creyentes y no creyentes. Los personajes están hechos de un excelente material literario. Es imposible no sentir simpatía por el joven abogado John Kemp, escéptico, curioso y enamorado. El padre Thomas Edmund Gilroy es un digno sucesor de la estirpe de curas literarios, que nace con el Quijote y pasa, entre otros muchos, por el padre Brown o Don Camilo. Hay también un personaje femenino rico y complejo: Esther Raveland. ¿Y qué decir del vampiro? Un villano carismático, muy moderno, adaptado a su tiempo – un tiempo de masonería, espiritismo y farolas eléctricas – y, a la vez, fiel a los viejos mitos centroeuropeos. La trama nos conduce por el Londres victoriano a un ritmo frenético, dibujando un excelente fresco histórico.

Argumenta Chesterton que los cuentos de hadas no crean en los niños la idea de la maldad o de la fealdad: ya son perfectamente conscientes de que eso existe. El muchacho, dice el autor inglés, conoce bien a los dragones desde que tiene imaginación; lo que le proporciona el

cuento es un San Jorge capaz de exterminarlos con su lanza. En el mismo sentido, una literatura católica que no abordase el abismo de lo preternatural por mojigatería o por temor a escandalizar sería, además de aburrida, gravemente incompleta. Conocemos bien a los vampiros, habitan nuestros sueños más brumosos desde la noche de los tiempos. La novedad que nos aporta Nicholson es un fraile dispuesto a combatirlos con teología tomista y liturgia bien surtida de incienso, dos excelentes remedios para casi todos los problemas del mundo.

No alargaré más la presentación. La novela ya susurra al lector, como el viejo conde transilvano: «¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!». Pero, eso sí: no se olvide del crucifijo ni de la estaca de fresno.

Mario Crespo

Durante los conflictos de la Orden de Predicadores con los Albigenses, un hábito sangriento era la señal del martirio, un signo de que los enemigos de la Verdad sentían la llamada de la violencia. Uno de los casos que más se recuerdan es el de Pedro de Verona. Hoy, en contraste, la gente concibe un hábito manchado de rojo como una de las señales de la batalla, tanto si acaba en martirio como si lo hace clavando una estaca. Metafóricamente, por supuesto. Algunos han respaldado la teoría de que la sangre del escapulario era un indicador de la capacidad del supuesto cazavampiros. Esta suposición es seguramente falsa o, en el mejor de los casos, gravemente equivocada.

Rev. Thomas Edmund Gilroy, O.P., D.C.L.,  
Catálogo de lo preternatural.

## Prólogo

En los géneros más fantásticos, rige el tópico literario de que el narrador intente explicar, justificar o hacer creíble su relato, que carece de cualquier credibilidad. «Esto es completamente improbable o incluso imposible, –suele decir el narrador–, y yo mismo no lo habría creído, pero realmente ocurrió y lo vi con mis propios ojos. En consecuencia, espero que el lector crea hasta lo más ridículo de lo que voy a contar».

Mientras escribo esta disculpa dirigida al lector, soy plenamente consciente de lo implausible de mi historia. Más allá de las lecturas de Robert Louis Stevenson y autores similares en mi juventud, y de algunas excursiones esporádicas por el género gótico –la más importante de las cuales está relatada aquí–, he trabajado menos la sutileza de estas prácticas literarias que el ejercicio práctico y concreto del Derecho. Puede que se deba a mi formación jurídica, más que al impulso de imitar el tópico literario que he descrito antes, mi deseo de dejar sentadas desde el comienzo mis credenciales de hombre cuerdo y de escéptico. No soy un escritor de ficción, y me inquieta la soltura con la que he asumido ese papel. De hecho, he gastado muchas horas en los últimos años cuestionando mi cordura debido a todo este asunto.

Cuando un gran amigo me animó a escribir una narración personal de mis experiencias relacionadas con ciertos incidentes famosos, justo después del cambio de siglo, mi respeto por él me impidió que me riera en su cara,

pero sí le expresé mis dudas. Como digo, muchos de los hechos que cuento aquí son bien conocidos por el público y están registrados en documentos oficiales sobre la criminalidad y los disturbios urbanos. Los teóricos de las corrientes espiritualistas han terciado en el asunto; incluso los políticos han tenido algo que decir. No albergó ningún deseo de revelar los entresijos de estos incidentes sangrientos y escandalosos, en parte porque todo fue tan extraño que no requiere ser revisado y en parte porque supone dejar expuestos muchos aspectos de mi intimidad. De hecho, espero que nadie, excepto el amigo que me lo encargó, lea este libro. Por si este libro, gracias a algún giro cruel del destino, alcanzase la popularidad, he cambiado los nombres de todos los involucrados.

Debo confesar otra licencia literaria: mi propia narración está completamente entrelazada en mi mente con la de otra novela. De hecho, me di cuenta de que el conde demoniaco de Bram Stoker, a la manera del *Mr. Dick* de David Copperfield en la cabeza de Dickens, era capaz de entrar en mi historia cuando y donde se le antojaba. Para combatir este asalto, le otorgué su propio lugar y comencé cada capítulo con breves citas de Drácula. Espero que ningún mal se derive de esta hospitalidad medida.

Más allá de eso, tengo dos motivaciones: la primera es entregar a mi amigo el relato que me pidió, que será interesante para su labor de historiador, centrada especialmente –y mientras lo escribo siento lo absurdo que es– en la actividad vampírica desde el siglo XVII. En segundo lugar, deseo obtener yo mismo una imagen clara de lo que sucedió, y así exorcizar las consecuencias emocionales, mentales e incluso espirituales que todavía me persiguen.

–B.R., Esq. (en adelante, «John Kemp»)

## Capítulo I

1 de mayo de 1900, en algún lugar entre Budapest y Londres.

*(Del diario de Jonathan Harker). Se levantó entonces, se secó las lágrimas, y quitándose del cuello un crucifijo, me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer ya que, como miembro de la Iglesia anglicana, me han enseñado a considerar tales cosas como idólatras hasta cierto punto. Y, sin embargo, me parecía una descortesía rechazar el ofrecimiento de una mujer de edad, tan bien intencionada y en semejante estado de ánimo. Supongo que vio la duda reflejada en mi rostro, porque poniéndome el rosario alrededor del cuello, me dijo<sup>[1]</sup>...*

—Discúlpeme.

Aquel hombrecillo había interrumpido mi deleite literario, así que me dije a mí mismo con ironía cruel, mientras levantaba la vista desde la página, que era muy improbable que fuera a disculparle. No me entregaba a menudo a los sinsentidos del género gótico, pero cuando lo hacía no me gustaba verme sorprendido por un tipo de cara sonrosada y gafas sobre los ojos negros, vestido de blanco y con cuentas que cascabeleaban en el costado de su hábito.

—¿Sí?, repliqué esforzándome para que la irritación no fuera perceptible en mi voz.

—Si es tan amable —dijo el hombrecillo, que parecía, a juzgar por su extraña vestimenta, alguna clase de sacerdote o monje católico romano—, ¿me permitiría pasar a abrir la ventana?

Pude haberle dicho que no pasaría tanto calor si no llevara esos pintorescos ropajes rituales, pero me limité a gruñir un asentimiento vago. Él sonrió y comenzó a pelearse con la pesada ventana.

Sabía que iba a estar atascada, pensé, con un suspiro de lástima. Qué remedio.

Aparté la novela —con cuidado de tapar el título, ya que no hay nada que me irrite más que los comentarios de un extraño sobre lo que leo, sobre todo cuando se trata de la obra más sensacionalista de un melodramático novelista irlandés— y me uní a su trabajo. Después de unos cuantos tirones, logramos abrirla justo hasta donde él quería. Mientras tanto, la manga de mi abrigo había adquirido una espantosa mancha negra: no había duda, era grasa.

El cura me dio las gracias y regresó a su asiento, haciendo con la cabeza un gesto cortés hacia una anciana francesa sentada en la esquina opuesta. Su alivio era visible.

Yo me sonrojé, en parte por la irritación por el ridículo intercambio y en parte por la vergüenza. No me había dado cuenta del malestar de la vieja y debía haber sido lo bastante observador para aliviar su sofoco antes de que me lo advirtiera aquel papista sonriente. Era una consecuencia de estar apretado en aquel compartimento, rodeado de cinco desconocidos: la francesa, de luto riguroso; un hombre rumano o húngaro con los dientes negruzcos, bocio y esposa rechoncha; una mujer delgada gravemente ataviada de gris, seguramente una institutriz; y el cura inglés. Atravesábamos una zona muy poco inspirado-

ra del campo húngaro y había sido un alivio tener a mano el libro de Bram Stoker para evadirme. En aquella época ya no era nuevo, ya que se había publicado varios años atrás, pero una conocida, una joven de encantadora sonrisa, me lo había endosado antes de partir de Londres con una solicitud urgente:

—John Kemp, ¡tiene que leer esto!

Pronto me recuperé del momento de autocrítica por mi falta de caballerosidad con mis acompañantes femeninas y volví a abstraerme en mi novela. Creí estar muy lejos del vagón, en un carruaje que recorría un camino serpenteante y dejaba atrás una abrumadora cantidad de flores y árboles frutales. Dedicué un momento a sonreír con tristeza ante el entusiasmo que el viajero de ficción dedicaba a la grandeza silvestre del escenario que atravesaba. Nosotros estábamos recorriendo más o menos la misma ruta, pero era un día plomizo y ni siquiera las cumbres majestuosas atraían la atención. Las páginas estaban sembradas de tipos locales, llenos de supersticiones y de temor. Levanté la vista del libro para echar un vistazo a mi acompañante de dientes sucios, esperando verle manoseando nerviosamente una cruz o algún otro talismán, pero en realidad estaba dormido con la boca abierta; la nariz aleteaba con cada exhalación. Volví al libro con un escalofrío. Unas páginas después, cuando el carruaje tirado por cuatro caballos llegó a su destino, trayendo con él, sin duda, la fuerza gótica de lo sobrenatural, noté un retortijón de hambre.

Volví a levantar la vista.

El compartimento había quedado casi vacío. Deseé que no se hubieran ido simplemente al vagón restaurante y que, si era así, resultaran ser compañeros de cena silenciosos. Como bien sabía, los viajes me volvían irritable, y ya estaba suficientemente avergonzado por mi conducta anterior. Si me encontraba con uno de los testigos de mi mal humor me vería obligado a comportarme amistosamente, y prefería dejar que mi mente siguiera vagando.

Tendría que ponerme con esos papeles de Kilbronson, pensé, con una pizca de culpabilidad. No me atraía nada la idea. En los últimos días había estado saturado del sórdido asunto del matrimonio de Kilbronson con una seductora húngara. Estaba cansado de aquel trabajo y satisfecho por haber encontrado una distracción en aquella historia extraña y maravillosa nacida en la mente febril de Bram Stoker. Al menos, me dije con sarcasmo, de ese modo mantendría lo absurdo en el lugar al que pertenece: el mundo de las novelas baratas.

En vista de mis esperanzas de evitar cualquier interacción social, la escena del vagón restaurante me resultó muy desagradable.

Todas las mesas, estrechas y con manteles blancos, estaban llenas a rebosar, excepto una, junto a las ventanas que en ese momento estaban orientadas al norte. Y el único asiento libre estaba justo enfrente del que ocupaba el cura de la cara redonda.

Valoré por unos instantes la opción de escapar, incluso considerando la posibilidad de ayunar con tal de ahorrarme tal compañía, pero entonces llegó un camarero inoportuno y, entre su disponibilidad a servir y sus insuficientes conocimientos de inglés, que le impidieron comprender mi sutil negativa, unidos al hecho de que yo no podía esquivar la enorme bandeja que portaba sin gatear, fui empujado, casi físicamente, a la silla vacía.

Hice un gesto de saludo sobre la ringlera de vasos y la cubertería y esperé que bastara con esa comunicación no verbal.

–Pero bueno, ¡hola! –dijo el curita con gran entusiasmo –. Esperaba que me acompañara.

Me pareció una hipótesis estúpida: éramos dos perfectos desconocidos y yo esperaba que siguiera siendo así. No me digné a responderle.

–Yo ya casi me he decidido –le dijo al amable camarero–. Estaré listo para pedir junto con mi amigo.

Era todavía peor de lo que imaginaba: no había empezado a comer y, obviamente, me consideraba su acompañante –o, en sus propias palabras, su «amigo»–, enviado por las alturas para entretenerle. Solo me quedaba rezar, con cierta aprensión, para que la comida fuera lo suficientemente satisfactoria como para compensar tanto sufrimiento.

Pedí pollo, al igual que él.

Luego pedí más agua, y él también pidió más agua.

–Una jarrita sería ideal, en realidad –añadió.

Cuando él pidió té, yo me empeñé en pedir café, aunque en realidad quería té. El café estaba amargo, lo que incrementó mi resentimiento hacia mi nuevo colega.

–Hace un día estupendo –dijo.

Le dije que sí, aunque por dentro pensé que era muy aventurado aplicar aquel adjetivo.

–¡Mire qué intenso es el color del cielo! Es la clase de color que uno puede ver en los cuadros de paisajes.

Aquí fue más difícil darle la razón, ya que pensaba que aquel cielo carecía de atractivo y que cualquier pintor al que se le ocurriera capturarlo sería un cursi sin remedio. Afortunadamente, un monosílabo vago pareció satisfacer a mi acompañante.

–Hay algo encantador en esta vista –siguió–. Pero a menudo he advertido que la gente suele dudar de un color tan intenso. El hombre siempre prefiere dejar este brillo tan poderoso en la mente del artista. Normalmente vemos la realidad como algo vagamente monótono, como si no pudiera haber tanta intensidad en el mundo real, como si Dios mismo no fuera capaz de crear una viveza más brillante de la que jamás podríamos asimilar.

No pude asentir porque nunca había reflexionado sobre aquel tema. Las galerías de arte me gustaban bastante y en aquel entonces me consideraba casi un experto en la materia, pero la teología, en cambio, estaba muy lejos de mis intereses.

–Es la clase de pintura que usan, creo –dijo secamente, convencido de que había dado en el clavo.

El afable clérigo no pareció molestarse por mi crudo pragmatismo.

–Oh, claro –dijo–: ¡el cobalto! Tiene una historia de lo más interesante, ya sabe.

Y entonces se embarcó en una breve conferencia sobre los ingenios y los procesos relacionados con la formulación de aquel material. Acabó y se puso a mirar por la ventana. No estaba seguro de si esperaba una respuesta. En todo caso, había llevado al límite mis conocimientos de arte, así que volví a refugiarme en un gruñido ambiguo.

Guardó silencio durante unos instantes, mirando por la ventana con expresión seria. Cuando habló de nuevo, fue con un fervor irritante:

–El mundo –dijo– está lleno de la grandeza de Dios.

Me resultó tan desagradable como si hubiera pronunciado una oración. Y luego, sin dejar que me recuperase, me miró muy concentrado y dijo, como si fuera un hecho indiscutible:

–Entonces, usted se considera agnóstico, ¿no?

Entre mis amigos habría aceptado gustoso ese término, e incluso lo habría defendido, con cierta vanidad, en reuniones sociales, así que no entiendo por qué empecé a balbucear aquellas retorcidas justificaciones, recurriendo internamente al catecismo.

–No me llamaría a mí mismo agnóstico. Quizás simplemente estoy esperando... Mi padre era un predicador calvinista, ya ve, pero nunca logró transmitirme su entusiasmo. Y mi madre... En los días de mis estudios, la ciencia... Cualquier joven con temperamento...

Me detuve con la esperanza de que la comida llegase pronto y pudiera comerla rápidamente y escapar de aquel lunático.

–Llevo un tiempo fuera de Londres, ¿sabe? –dijo mi acompañante de la cara redonda–. He estado predicando